

Belkís

(El Abrazo De La Noche)

“Home is where you feel at home”

TRUMAN CAPOTE
Breakfast at Tiffany's

Parte Primera:

EL BOSQUE DE LOS BAOBABS

I

El coche avanzaba a toda velocidad por la carretera de dos direcciones. Avanzaba estable, recto como la propia ruta que dividía en dos mitades desiguales el valle, hasta que su conductor, inopinadamente hasta para sí mismo, giró con brusquedad el volante hacia la derecha y el vehículo abandonó el asfalto para adentrarse en los dominios de los árboles gigantes, los dueños y señores de aquel valle, los baobabs. La maniobra estuvo a punto de hacer que el coche, un cuatro por cuatro de color azul noche, volcase, comenzase a dar vueltas de campana, se estrellase contra un árbol y su único ocupante muriese en el acto, de un golpe en la cabeza contra el salpicadero, o quizás contra una piedra al salir despedido a través del cristal hecho pedazos, pero Damían Dos Dedos era hombre que se crecía ante cualquier peligro. Frenó, embragó, derrapó, aceleró con furia, indiferente a su propia suerte, a si aquel era el último minuto de su vida o sólo otro minuto más en una vida tan cargada de minutos como puede estarlo la de cualquiera, la de cualquiera que ha vivido, piensa a veces, demasiado tiempo, y tiene que escapar a África para olvidar, o hacer balance, o averiguar quien es realmente, y quien quiere ser en el futuro, si es que el futuro le deja ser alguien y se prolonga más allá de este minuto interminable en el que se está jugando estúpida, pero también necesariamente, la vida.

Un manto de sudor cubre su frente cuando por fin alcanza a dominar el vehículo por completo. Suda, pero también sonríe, satisfecho, mirando a su alrededor, buscando la aprobación de los baobabs, como lo haría un torero, girándose hacia la grada, tras sentir en su rostro el aliento del toro que ha estado a punto de cornearle. La montera en la mano, el aplauso del público. ¿El aplauso?, ¿qué aplauso?, ¿desde cuándo aplauden los árboles? Los árboles no aplauden, ni siquiera estos árboles, *adamsonia digitata*, baobabs, enormes gigantes de caprichosas formas que, según el credo popular, cobijan en su interior las almas de los muertos. Pero Damián no piensa ahora en almas, ni muertos, ni árboles, ha recobrado la sonrisa que tantos días en Dakar le habían borrado de la cara. Le basta con conducir, tan deprisa como lo permite el ronco motor diesel, esquivando los gruesos troncos, rozando con el techo del vehículo las puntas de sus larguísimos brazos, ramas, sorprendido que estén tan lejos unos árboles de otros, cinco, diez, veinte metros, cuando, de lejos, parecían apiñados, como ovejas, o mejor aún: como soldados, formando un todo, un bosque, que una vez en su interior se desvanece, deja de ser tal para convertirse en páramo, en tierra árida apenas salpicada por esas cajas de madera donde duermen eternamente las almas de los hombres y mujeres africanos, los baobabs.

Desde que contempló el primero, en la ciudad de Dakar, Damián había sentido el deseo de pintarlos, de retratarlos en sus lienzos para que aflorasen las almas que escondían dentro, para, tal vez así, ayudar a esas almas a escapar de su involuntario cautiverio. Sin embargo, sus buenas intenciones continuaban en estado larvario, el estado natural de la mayoría de las

buenas intenciones que en el mundo han sido, en parte porque su trabajo, el trabajo de realizar un mural de siete metros por tres para la embajada española, el trabajo que le había llevado a Dakar, le ocupaba la mayor parte de su tiempo, pero también porque el clima tropical, aquella luz cegadora, el calor pegajoso, el ritmo indolente de las sombras que no eran sombras sino hombres y mujeres que a su vez arrastraban otras sombras algo menos oscuras que ellos, había hecho florecer su natural pereza hasta transformarla en una maraña de, en apariencia, imposible manejo.

Pero ahora, por primera vez en un periodo de casi cuatro meses, volvía a sentirse libre, libre y feliz, conduciendo cada vez más rápido el Toyota prestado por uno de sus pocos amigos en la ciudad, el profesor Montaigne, mestizo y escritor, alegre y taciturno, tremendo bebedor e incansable conversador.

Las formas que se escondían en el interior de los árboles, a medida que se iba relajando, olvidando los problemas que le acuciaban en la ciudad, comenzaron a revelársele con creciente precisión. Había ido bajando la velocidad y ahora el cuatro por cuatro parecía más bailar que correr, jugar que escapar. Frenó suavemente, hasta quedar frente a la cintura inabarcable de uno de los árboles. Sintió el calor nada más abrir la portezuela del coche. Enseguida la camisa se le pegó al cuerpo, el cabello se le transformó en una masa húmeda e ingobernable y las manos se le volvieron esponjas, pero no prestó atención a aquellos detalles, cautivado por la hermosura del gran árbol; si las leyendas no mentían el alma de alguien también hermoso, pensó en una mujer, se refugiaba en su interior. Con la punta de los dedos acompañó a una de las ramas horizontales a lo largo de sus nudos

retorcidos. Experimentó su propio dolor atrapado en ese árbol, y pensó en los amigos muertos, en los amigos traidores y traicionados, en el fracaso del absurdo intento que había sido su vida, siempre empeñado en crear un maquillaje, una máscara, que le librase de la presión de la realidad y el paso del tiempo. Buscó un cuaderno entre los bultos de su equipaje, tenía por costumbre llevar varios siempre que viajaba, y no le sorprendió que estuviera en blanco, pues apenas dibujaba para sí mismo desde que abandonase París, una tarde ya lejana y con *aguacero*. Pero lo inmaculado de las hojas no fue óbice, nunca lo había sido, para que el lápiz HB comenzase a moverse con trazos rápidos y seguros: primero las ramas, luego el tronco, más tarde el suelo casi plano, y ahora el alma, el alma, aún parcialmente atada al cuerpo, de esa mujer refugiada en el árbol que, la maldición de los seres demasiado imaginativos, le hacía pensar en la suya propia.

-¡*Mesíé, mesíé!*

Las voces le sobresaltaron. Niños. Media docena de niños saltarines y famélicos. Niños de sonrisas tan grandes que no les cabían en el rostro. ¿De dónde habían salido? No se veía ningún poblado, ninguna casa ni choza, siquiera un promontorio tras el cual pudieran haberse ocultado. ¿Tal vez vivían dentro de los árboles? No era imposible, algunos sobrepasaban los diez metros de diámetro. O quizá venían de lejos, corriendo, observó sus pies descalzos, atraídos por la tos hueca y prepotente de la máquina de fabricación japonesa que le había prestado su amigo Montaigne, el bueno de Montaigne, que despotricaba todo el tiempo contra aquel país en el que nada funcionaba, en el que los niños se veían obligados a

pedir limosna y a correr con los pies descalzos. Cerró el cuaderno y se parapetó tras una seriedad que no era real, azorado ante la algarabía creciente de los alegres renacuajos.

-Cadó, mesié, cadó, an cadó.

Un regalo, ¿dinero?, los blancos muestran una clara tendencia a tirar de cartera cuando alguien en África les pide un regalo, pero, ¿sirve el dinero para algo en un bosque de baobabs? Tal vez sí, el dinero parece servir en cualquier sitio, para cualquier menester, situación, contratiempo, al menos eso dice la norma no escrita más universal del Sacro Imperio Europeo Americano: el último milagro de Dios fue transformarse en dinero. Rebuscó en el bolsillo de su pantalón agobiado ante la presión, cada vez más cercana, de los oscuros gnomos. Habían comenzado a tocarle, a tirar de sus pantalones, cuando sacó del bolsillo un puñado de monedas, sucias y miserables monedas, y las lanzó al aire. Probablemente los niños se habrían sentido más felices si hubiese llevado consigo, en el asiento trasero de su coche, caballitos de plástico, estrellas de goma, pelotas de colores, o muñecas de largo pelo rubio y ojos pintados.

Una nueva sonrisa iluminó el semblante de Damián, y cinco sonrisas, como espejos, brotaron alrededor de la suya. Una idea genial, brillante, divertida, sobre todo divertida, había asaltado su mente. No llevaba juguetes, cierto, pero nadie le impedía crearlos de la nada, dibujarlos, con el lápiz HB que aún tenía en la mano. Al lápiz negro se le unieron enseguida otro azul, uno amarillo, dos rojos de distintas tonalidades, uno verde. Los dedos de Damián, Damián Dos Dedos, volaban transformando hoja tras hoja.

-Toma, un monopatín para ti.

-Y esto es para el pequeño de la camiseta azul y roja, un oso. El barco no, no es tuyo, es para el mayor, para que navegue por el bosque cuando esté oscuro y nadie pueda decirle que no hay agua. ¿Y tú, como te llamas?, ¿Abdou? Toma, esta pelota mágica que no se te perderá jamás por mucho que la botes y botes. Esperad, esperad, prestadme los dibujos un instante, hay que darle los pases mágicos para que no se desvanezcan cuando llegue la noche.

Ninguno parecía dispuesto a devolver los juguetes a las manos de su autor, hasta que vieron que éste entraba en el coche y salía con un bote dorado y brillante en la mano: laca, laca para el pelo, no hay nada más práctico cuando se carece de fijador profesional. Con gran circunspección y ceremonia, como si fuese un mago, un gran brujo, un *marabú*, capaz de obrar verdaderos milagros, roció una a una la media docena de estampas realizadas, para luego depositarlas, con cuidado, en el suelo.

-Esperad, esperad, hay que aguardar a que se seque la laca.

Los niños, claro, no entendían sus palabras porque, como siempre que estaba excitado, hablaba en español, y quizá tampoco le habrían entendido si hubiese hablado en francés, pero sí comprendían sus gestos, y el brillo cómplice que animaba sus ojos normalmente marrones y ahora transparentes como los cristales de una vidriera.

Aprovechó el momento en el que los niños se abalanzaron sobre los delgados juguetes, y los abrazaban contra el tórax, para regresar a la cabina del cuatro por cuatro y ponerlo en marcha. Dio al contacto, introdujo la primera velocidad, y antes de

que le hubiese dado tiempo a conectar la segunda ya habían regresado los niños y corrían por el sendero dibujado por las ruedas del estruendoso todoterreno, agitando sus dibujos en lo alto de los brazos, duendes alados que, en la lejanía hacían pensar en pequeñas mariposas, o libélulas; pequeñas mariposas, pequeñas libélulas, cada vez más pequeñas, perdidas entre la inmensidad de los árboles grandes, enormes, desmesurados que conformaban aquel bosque que, él aún no lo sabía, ¿cómo podría saberlo?, iba a cambiar su vida. El milenario, incomprensible, en apariencia inhóspito, bosque de los baobabs.